



realidad de esa representación y mostrar la cara y el reverso de la construcción de una imagen, dejarse tocar por su poesía. Así es como lo percibo al observar las imágenes del espectáculo, en las que el bailarín pasa por distintos estados físicos y anímicos: ahora se mueve en un lento y pesado estado de flotación, creando una atmósfera de densidad; ahora trabaja rítmicamente recortando su sombra, provocando un ambiente de acción dramática; ahora se dirige en movimientos amplios hacia la fuente de luz, como la figura de identificación que contempla un horizonte; ahora abandona la escena, mostrando su vacío. Pero nada es permanente. Y, aún así, podemos recrearnos en la insistencia. Nos hace partícipes de lo que ya sabemos y nos recuerda: basta con mostrar la intuición o el misterio de las cosas, sin necesidad de apresarlas. Existe un espacio íntimo en la construcción del arquetipo o de lo mítico, previo o precedente a que este sea arrojado a la historia, en el que es posible dialogar pues todo está aún abierto.

La figura en escena podría estar imaginando qué le sucede a las estatuas de noche, cuando nadie las observa. Las envidia, pues probablemente entiendan su manto.

En 'Double bill', Javier Aroza trabaja a la par con la materia física y la materia simbólica. Y sus puntos de encuentro y desencuentro. Se desliza del plano general al detalle y viceversa. Invita a la contemplación del tránsito que se da tanto en la figura como en el paisaje. La danza importa, como importa una exhalación, un haz de luz, esa mota de polvo en suspensión, una capa de piel. El espacio, de una elegancia austera, está compuesto de pocos elementos pero cuidados en su elección y empleados en todas sus posibilidades, lo que hace que apreciemos sus cualidades. Es un trabajo de finos y justos acabados. La atención en las acciones del cuerpo –el hacer, la voluntad– que marca 'Der Held' transita hacia la atención en la quietud –el abandono, lo involuntario– en 'Pausa Azul'.

Javier Aroza se enfrenta a esta transición por diversos estados, defendiendo esa belleza particular que tiene el formato del 'solo' de danza, en el que uno puede ser varios a la vez. Así las dos piezas funcionan como dos actos de una travesía o dos vistas de un paisaje. Gracias a la cualidad de su presencia y a las calidades de sus movimientos. Gracias también a un trabajo que juega al contraste de exposiciones y ocultamientos y a un diseño espacial y lumínico que permite encuadres diversos mediante la apertura de líneas y la superposición de capas en todos sus planos.

Entre los dos actos se producen varias inversiones. 'Pausa Azul' inicia con un cuerpo tumbado, quieto, horizontal. Ha abandonado la verticalidad y la voluntad de trascendencia. Un cuerpo que invita a la disección de los detalles, sin jerarquías. La imagen de la carne bajo la luz fría, contrastada con superficies de tonos metálicos, destaca su vulnerabilidad y corruptibilidad. Permite observar y asomarse sin pudor al cuerpo, pues no hay intenciones ni juicios. Otra inversión es la que convierte al propio bailarín (por vía del vestuario) en superficie reflectante, de modo que no puede escapar de la luz, lleva el reflejo consigo: está siempre expuesto.

La expresión "pausa azul" refiere a un espacio intermedio, en suspenso. En concreto, Javier Aroza señala que con esta expresión se refiere al estado de quietud o bloqueo que puede sentir un performer en el instante anterior a salir a escena. Un estado de parálisis o desconexión que le dificulta 'dar órdenes' a su cuerpo, ejecutar. Pero el cuerpo sigue estando, el cuerpo es, pese a nuestra voluntad de 'hacer cosas' con él, y podemos analizar su organicidad, sus volúmenes, su peso, cómo ocupa en el espacio. ¿Qué pasa si asumimos su estar expuesto? El tiempo que se corta en la "pausa azul" sirve de motor a este interrogante. Si en el instante sublime el cuerpo se disuelve, en la pausa regresa al dilema de su contingencia, se asoma al abismo.

ORGANIZA:

COA COLABORACIÓN DE:

